



Homenaje a
Velia Bosch
(Caracas, 1936-2015)

Para la Alcaldía de Caracas a través del Fondo Editorial Fundarte, es de gran satisfacción presentar el primer Premio del Concurso Nacional de Literatura Infantil y Juvenil 2024 rindiendo homenaje a la destacada escritora Velia Bosch, reconocida poeta, ensayista e investigadora, cuyo legado en la literatura infantil y juvenil ha dejado una huella imborrable. Bosch no solo se dedicó a la creación de poemas y otros libros para niños, sino que también se distinguió como una investigadora incansable en el campo de la literatura.

Velia Bosch fue una figura clave en el ámbito de la literatura infantil, creando la Cátedra de Literatura Infantil Latinoamericana y del Caribe José Martí, así como fundando y dirigiendo el proyecto de juegos literarios Gran Circo de Papel. Además, fue una de las fundadoras de la revista infantil *Ventana mágica*. Entre sus obras más destacadas se encuentran *Dadme una rosa pura*, (1959); *Arrunango*, (1968); *Las palabras y las sombras*, (1972); *Acertijos de la noche y el día*, (1972); *A los cinco grados de latitud*, (1974); *Ángeles y ceremonias*, (1984); *A bordo de la imaginación*, (1991); y *Jaula de bambú*, (1994).



Hugo Colmenares

Las gatas de Sara Saltapericos

Obra ganadora del Primer Premio Nacional de Literatura
Infantil y Juvenil en homenaje a Velia Bosch
FUNDARTE-ALCALDÍA DE CARACAS
2024



FUNDARTE
Fundación para la
Cultura y las Artes

VEREDICTO
I PREMIO DE LITERATURA INFANTIL
FUNDARTE, 2024
EN HOMENAJE A VELIA BOSCH

El jurado del I Premio de Literatura Infantil y Juvenil en homenaje a Velia Bosch, conformado por Julián Márquez, Cristina Molinatti y Beira Lisboa, reunidos en Caracas el 18 de septiembre de 2024, luego del análisis y deliberación de las 56 propuestas recibidas, decidió otorgar de forma unánime el primer y segundo lugar a los siguientes títulos:

1. *Las gatas de Sara Saltapericos*, firmado con el seudónimo Silvestre Luna, por su magnífico manejo del lenguaje literario que respeta al público lector infantil y juvenil y construye un ambiente narrativo para el dinámico desarrollo de los personajes.
2. *Ana imaginada*, firmado con el seudónimo Margarita Cortázar, por su estilo diáfano y el hilo intertextual que incluye la imaginación y el juego. Obra que nos brinda relatos que dejan ver el crecimiento emocional del personaje principal en complicidad con los lectores.

Abiertas las plicas, los ganadores resultaron ser:

Hugo Colmenares, Primer lugar

Berta Barrios, Segundo Lugar

Sin otro particular al que referirnos, suscribimos este veredicto,



Julián Márquez



Cristina Molinatti



Beira Lisboa

*A los bisnietos de mis recordados padres Argimiro de Jesús y María Inés,
porque todos los días me asisten para reconstruir
mis lejanos y luminosos años de la infancia. Aquí viajamos.*

Para ustedes:

*Daniela Ainoa, Danna Sofía, Alejandro, Belén Aurora,
Chloe, Lucas, Abril, Enrique Alejandro, Estéfano Anthonio,
Iker Daniel, Giselle Celeste, Miranda Lucía, Ximena Gabriela,
Estefany Giovanna, Bárbara Eluney, Tatiana Maribel, Freiyery,
Mariángel, Marinés, Nicolás, Astrid Daniela y Andrés Alejandro.
Por añadidura a mis hijos Daniel Enrique, Dayana Paola y María Alejandra.*

Ahora, vamos al encuentro con las gatas e historias de Sara Saltapericos.

¿Quién quiere leer en voz alta?

*Cuando los gatos sueñan, adoptan actitudes augustas de esfinges
reclinadas contra la soledad,
y parecen dormidos con un sueño sin fin;
mágicas chispas brotan de sus ancas mullidas
y partículas de oro como una fina arena
vagamente constelan sus místicas pupilas.*

CHARLES BAUDELAIRE
Poeta francés



Sinopsis

La magia de vivir dentro de espejos

Las siete gatas de la virtuosa guisandera Sara Saltapericos, y su pintoresca vecindad en Santa Inés de la Lejanía, nos vacían el costal de las pequeñas historias y desaciertos que juegan con el humor. La escuela, la fiesta dominical, el escribiente y otros personajes que tienen el poder de la magia y ellos mismos no lo saben. Una casa que nos cautiva con las esencias culinarias que emanan sobre fogones de leña.

Los madrugadores escuchan emisoras internacionales, mientras uno de estos señores convierte las prótesis dentales en miel. La brevedad de los capítulos presenta, también, la vida o habilidades y comicidad de las felinas, que se llevan de cualquier lugar las cobijas y trapos remendados.

Esas miradas gatunas no son otra cosa que la cacería de chismorreos y la magia de vivir dentro de espejos. La maestra, la costurera, la dueña de la posada, las ironías y arrogancias, el falso ladrón de serruchos, el constitucionalista, la quincalla, los jabones de olor y las mesas rebozadas de chorizos, hallacas y hervidos de gallinas flacas están en este juego de la memoria.

Pasajes y figuraciones para no olvidar. Iniciemos el viaje de la lectura con siete gatas y no cometamos el error de salir de esta brillante y curiosa realidad, que se teje en un pueblo construido con sueños y la memoria de la abuela Trina Avendaño.





Una casa de jamás olvidar

*De camino a casa, fue pensando en todo aquello.
Estaba seguro de no haberlo soñado.*

THOMAS LLEWELYN JONES

*Escritor galés
(Versión Berlie Doherty)*

1

Aquella casa de zaguán largo nos llevaba a la sala de visitantes, luego al pequeño patio con helechos y uñas de danta, para ubicarnos en la cocina donde preparaban pasteles, sopas, hallacas y arepas rellenas con queso, carne mechada y sardinas azules. Allí, exactamente, trabajaba día y noche, sin el más mínimo descanso y distracción, Sara Saltapericos, quien era recia en el hablar, arrogante, dominante y puntual hasta con sus sombras.

Ella, Sara Saltapericos, se expresaba mejor mediante carcajadas que le hacían derramar copiosas lágrimas, que se limpiaba con los trapos blancos con bordados, y que le servían para espantar las moscas y tapar los fermentos de arroz con hojas de geranios.

2

Tal vez por su cosquillosa y exigente labor entre fogones, hornos y brasas, Sara Saltapericos perdía la paciencia.

—Hijos de los galimatías, les pido que no molesten mi paciencia —y con rabia contenida nos mandaba a «picar agua con las uñas de los pies».

Y ella tenía la razón, cuando le hacíamos perder la concentración o le movíamos los librillos donde tenía asentadas sus confidenciales fórmulas culinarias mejor condimentadas.

Sara Saltapericos se enfurecía hasta cuando parpadeábamos.

Nos obligaba a quedarnos callados, inmóviles.

Mientras llegaban a nuestros ojos las influencias llorosas de las cebollas rebanadas, la dueña de casa pronosticaba, en nombre de los diablos, rabietas en «cualquier minuto».

Nosotros, en la ambición de ayudar en los oficios de mesa y fogones, a cambio de unos pasteles de carne molida, aceitunas, alcaparras y pasas, nos congelábamos pegados contra la pared. Allí mirábamos las ollas sucias, los trapos grasientos, los garbanzos sumergidos en artesas; y de pronto, como por un llamado de la divinidad, se nos iluminaba el entendimiento y nos poníamos a trabajar, para cumplir nuestras tareas, sin pedir ni siquiera unas pomarrosas, que se asomaban sobre las paredes vecinas de barro pisado.

3

En tal ocasión, en nombre de la laboriosidad, permanecíamos sin mirarnos, ni hurgar el pánico entre los dedos; sin poder columpiar las pestañas, ni soltar la lengua con una empalagada broma, burla, chilindrina, ingeniosidad o agudeza, porque ella misma, y sin contemplaciones, nos arrancaría las orejas, el ombligo y algo más oculto, con el eficiente cuchillo de picar tocino, ajos, deshuesar gallinas, pimientos y rabadillas.

4

Una casa de jamás olvidar era la de Sara Saltapericos, donde también siete gatas hacían de la vida una comedia, un hazmerreír, un tráeme reclamos por los daños y sospechas de unas vasijas rotas a la medianoche en cocinas colindantes y alejadas.

Esos mundos de las felinas —valga recordar por siempre— han perdurado durante más de setenta y dos años. Son imágenes dentro de un carrusel de feria de pueblo que revela sueños, tablados y teatros figurados.

Imágenes de las gatas que permanecen con fortaleza en la marquesina de los recuerdos inolvidables. Sucede que esos personajes y escenas en Santa Inés de la Lejanía, son propios de un lugar que debemos descubrir como un tesoro de la memoria infantil.

5

Las siete gatas de Sara Saltapericos conocen los rincones de la vecindad, los secretos e historias en toda la geografía de Santa Inés de la Lejanía.

No hay lugar donde las mininas no hayan puesto sus ojos.

¿Qué buscan y por qué a la medianoche andan en tejados, habitaciones, cocinas ajenas y vigilando hasta a los espíritus ocultos de las noches?

6

Si bien Sara Saltapericos es la dueña de esa constelación maravillosa, ella no se ha ocupado de escribir historias o de andar detrás de las huellas de cada una de sus gatas.

Al paso por estas hojas o reversos, tenemos la encrucijada de descubrir un inesperado e ignorado mundo, para tomar el fresco y estirar las piernas en aquella barriada y cercanías entre braseros, calderas y chimeneas, donde las esencias de las comidas embelesaban y ponían a soñar a todo un pueblo que está ilustrado solo con vida de gatas.

7

Es indiscutible: la casa o dominios de Sara Saltapericos es de jamás olvidar. Lo demás, es polvo y cortinas cerradas. Por eso, desde los campanarios se escuchaba un repicar triste cuando los personajes entregaban sus fuerzas a la eternidad.

Solo las letras de la infancia tienen la magia de revivir por siempre.





Las siete gatas y sus suertes

Cuando me siento mal me basta con mirar a mis gatos.

CHARLES BUKOWSKI

Novelista

as siete gatas tienen sus suertes, naturaleza, clases, caracteres y esencias particulares. ¿Quién se atreve a refutar estas razones anteriores? Pelearse con el reino de los felinos domésticos es asomarse a un duelo al filo de los abismos.

Por tanto, no entremos en controversias inútiles.

En apariencia, las gatas cuidan los mesones de los pasteles, vigilan las ollas donde alían trozos de carne. Conocen ambientes místicos, salas de lectura, aposentos y techos de casas tradicionales. Allí, en el paso sigiloso, las miaus ronronean y duermen como si levitaran en un suspiro enmarcado en fantasías.

¿Cómo se llaman y qué hacen las orejas alertas y rabos de tela remendada, que ya no entran en discordia cuando aparecen hambrientos ratones y malhumorados vecinos y sus perros de saliva atragantada?

Vamos al detalle con sus nombres y sus estrellas. Cuáles son sus características en los círculos de una gatada que domina una gran mesa llena de pasteles, empanadas y rellenos de carne frita con arroz. Lo demás es cuento y memoria que no se debe borrar en ningún tiempo. No olvido nunca que, en mis tiempos de la infancia, una gata nos seguía los pasos y de pronto se convertía en mendiga, en maga, en adivinadora y tejedora.

¿Es un sueño o en verdad sucedió esta relación gatuna?

Es verdad, pues esa gata tiene siete vidas. Por ahora, hagamos presencia sobre las siete gatas de Sara Saltapericos, que son misteriosas dentro de espejos, la única dimensión donde viven la curiosidad y los sueños.

Tengamos en consideración, según las advertencias de los ilusionistas, que una gata se puede enamorar de nosotros y venir a vivir en el escaparate de la ropa planchada.

Seguimos el santo y seña de cada carnicera y sus travesuras:

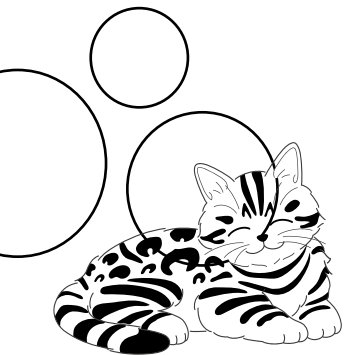
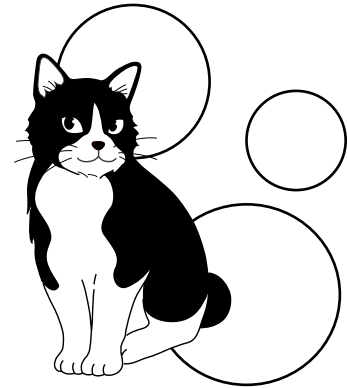


1. Gata Bárbara Santa Fe

Una fortuna y suerte que anda por los templos y escucha las prédicas, conoce las sacristías, ataca con fiereza a los ratones y lagartijas. Se pasea en las noches por el campanario, dentro del reloj mecánico de las torres, y tiene visiones.

2. Gata Blanca Isolina

Desordenada y nunca arregla su nido con trapos remendados; prefiere dormir dentro del calzado de las vecinas, ocupar una cacerola y dormir allí, como si soñara viajar en una nave espacial. Come sobrados y vómitos de murciélagos.



3. Gata Casimira del Tejado

Ya lo sabe todo el mundo, pues tiene habilidad para robar en el mercado, huir al vuelo como los gavilanes y cambiar de pelambre en un segundo. Hasta en los bancos desconfían cuando entra maullando. Actúa a escondidas y desaparece.

4. Gata Azahara Luceros

Tiene una habilidad para ir a las pastelerías y panaderías a robar panes, galletas, pasteles y tortas. No conforme con su mal proceder, se lleva los libros de recetas de amasar y hornear, como obsequio para Sara Saltapericos.



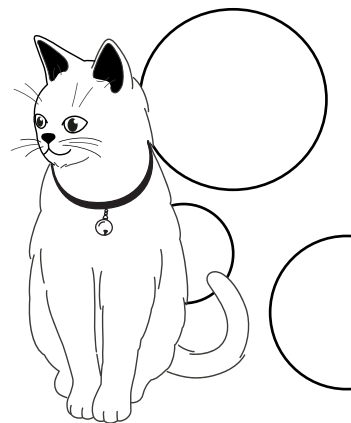
5. Gata Cocuiza de Luisa

Anda de casa en casa averiguando historias, con las orejas en los secretos mejor guardados entre vecinos y luego regresa a toda velocidad a revelar con detalles y exageración sus habladurías. Una gata que bien pudo ser espía o delatora.



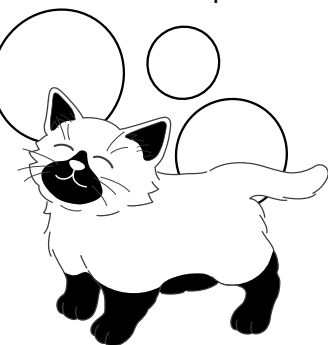
6. Gata Manuela Castilla

Es la maestra y señorial que tiene un lugar en el mueble de los libros, visita las escuelas, hace formación con las maestras y le gusta asomarse a la lámpara de lectura, para mirar con detenimiento las plumillas que ilustran enciclopedias. La maestra estupenda.

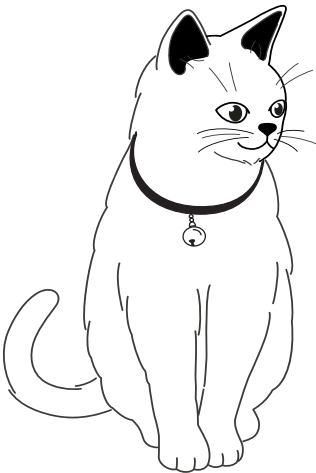


7. Gata Marcela de las Telas

Dormilona y atrevida. No le importa la hora para entrar de manera furtiva a casas ajenas y apoderarse de almohadas, trapos de la cocina, adueñarse del clóset y buscar nido en el bolsillo de un paltó. Por eso, han desaparecido corbatas y calzones de señoras.



En apariencia, las gatas cuidan los
mesones de los pasteles, vigilan las
ollas donde aliñan trozos de carne.
Conocen ambientes místicos, salas
de lectura, aposentos y techos de
casas tradicionales.





Sara Saltapericos y sus amistades

*Adoro a los gatos. Son de las pocas criaturas
que no se dejan explotar por sus dueños.*

UMBERTO ECO
Escritor

a vecindad de Sara Saltapericos está nutrida por personajes dignos de ser pintados en grandes formatos y exhibirlos en las esquinas de Santa Inés de la Lejanía.

Los viajeros en esos pueblos descansaban una hora en Santa Inés de la Lejanía, para estirar las piernas luego de esos largos viajes en carreteras de los páramos conquistados por vientos helados. Los viajantes tienen que descansar, visitar la basílica, orinar, «soltar», lavarse las manos y luego ordenar un buen almuerzo en alguno de estos hospedajes.

Los minutos que quedaban son para caminar por la plaza Bolívar, comprar quesadillas y almojábanas. «Es la una... nos vamos», gritaba el colector, mientras movía con su mano derecha un trapo granate remendado por el polvo y la lluvia.

Cada uno de estos personajes que vamos a anunciar tenía coincidencias con gatas andariegas, mendigos, aprovechados perezosos que maullaban y dormían, sin atender su tarea de perseguir ratas y alacranes de barba negra con ojos de pirata.

En sus mesas hogareñas, mostradores y piernas andaban miaus y una historia. ¿Cuál era la relación en las amistades de Sara Saltapericos y las gatas? Tal vez esa relación ya no importa a nadie, no está escrita y solo con curiosidad podríamos acercarnos a páginas amarillentas del pasado. ¿Existen libros sobre estos temas de vecinas, casas y apariencias? No existe nada. Por ahora, registramos a los personajes de esta historia, que son, en nuestras cuentas y apuntes, los interesados en volver del más allá a la realidad en casonas.

Del Valle Cantares

La anciana mística y maestra de las primeras letras, que enseña religión, filosofía, canciones, matemáticas contando con granos de maíz y arvejas. Dedicar horas a los oficios de su fe, visita a los enfermos en el hospital y compra a cuotas tortas para los cumpleaños.



Dioselina Dulzuras

La maravillosa costurera que envía modelos realizados por ella a las casas reales de Europa. Creadora de historias extraordinarias donde los tigres tienen plumas, las gallinas tienen cabeza de leopardo y su casa está repleta de juguetes fabricados con madera.

Dominga Nectaria

También tiene su posada y merendero donde se especializan en sopa de vegetales y abundante carne de res. El mal genio de la dueña de la pensión está a flor de no me mires y coma lo que le servimos. «Si no le gusta, váyase y no vuelva nunca».



Facundo Ají Cascarrabias

El colmo o la coronación de la ironía como nadie más. Arrogante y ágil para inventar frases que molestaban. Aun así, sus iguales iban a su venta de pasteles a disfrutar bebidas calientes y escuchar con alto volumen emisoras extranjeras prohibidas.



Florencio Buenaventura

Siempre existía la falsa idea de que él era ladrón de serruchos, brochas, zapatos usados, camisas blancas manchadas y quien robaba alacenas para llenar el estómago. Vivió en la calle. Su honestidad no era reconocida. Servicial y valiente. Un ingenioso carpintero.

Ismael del Trigo

No se graduó en una escuela universitaria en el Derecho, pero su caligrafía y sus profundas lecturas de la Constitución, leyes, enmiendas, reglamentos, jurisprudencia, lógica y sentido de justicia lo convirtieron en un sabio. Los leguleyos de pacotilla lo consultaban.



Patricio Veredas

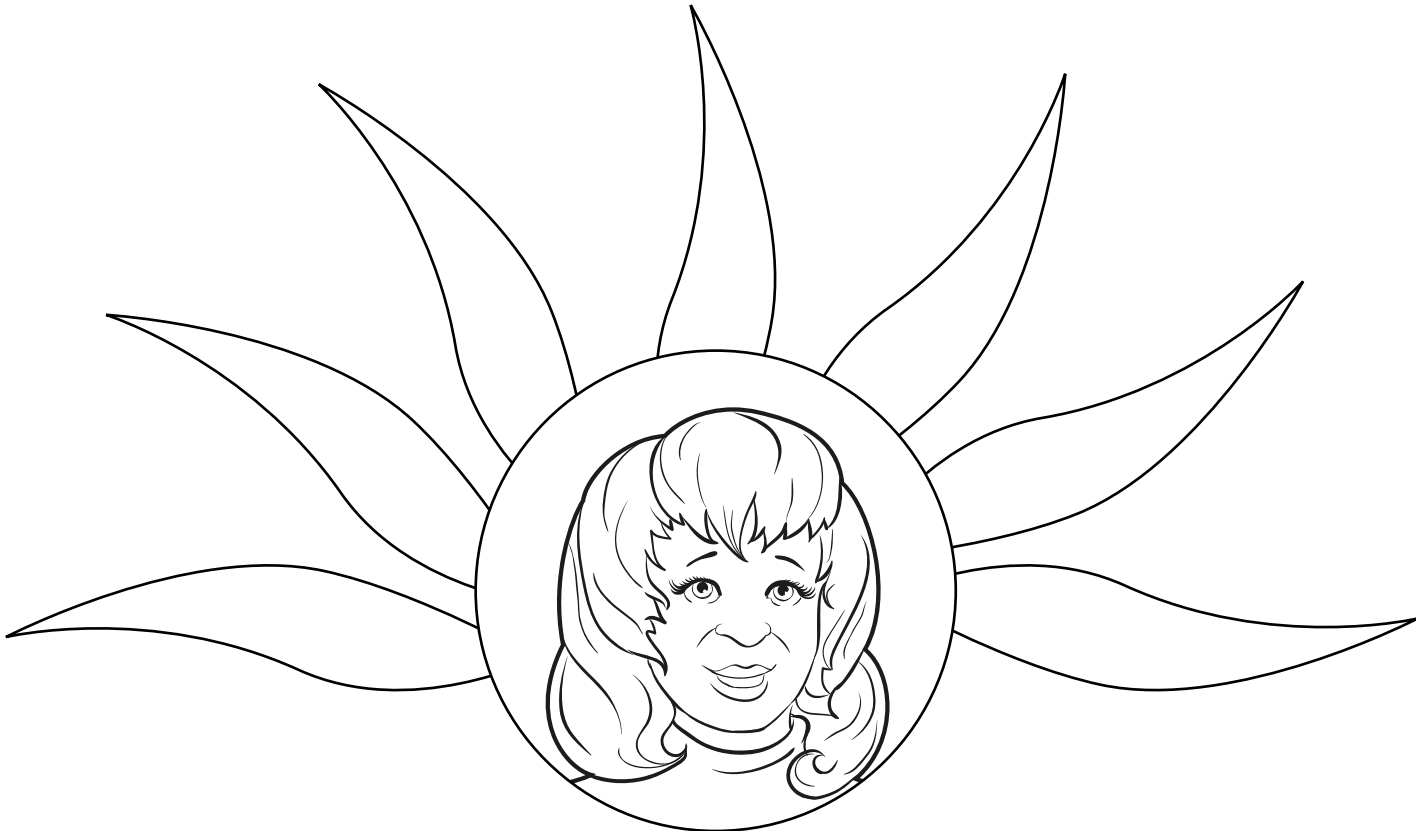
Dueño de una pequeña y humilde quincalla con jabones contra los sabañones, peinetas para sacar los piojos, alcanfor para espantar las cucarachas, velas de colores y aceites para las máquinas de coser calzoncillos rotos. Ejecuta el acordeón y el violín.



Sara Saltapericos

La dueña de casa y quien domina con creatividad asombrosa el arte de dar sazón a la carne de res, de cerdo y de gallinas flacas a empanadas, hallacas, chorizos, hervidos, arroz con vegetales. Ella sonríe y atrae para la buena conversación. Igual estalla con voz de mando y pone al diablo a lavar platos y a «traer lo que falta» del mercado. Ilustre cocinera.





Del Valle Cantares y la escuelita

El firmamento es un hermoso prodigio de orden.

CAMILO JOSÉ CELA

Novelista

1

A las ocho de la mañana, las niñas y los niños ya estaban en la escuelita de la bondadosa anciana Del Valle Cantares. El frío que encalambraba las piernas, los vientos helados de las montañas de los páramos y los trasnochos por andarse de rochelas, no nos impedía llegar a la hora exacta y ser recibidos con una sonrisa por la amorosa maestra.

—Vamos a dar un paseo por la plaza Bolívar para contar los árboles, las bancas, los balcones y las ventanas abiertas que están alrededor —dijo muchísimas veces la anciana Del Valle Cantares.

Cuando estaba por salir, apareció la gata Marcela de las Telas, la miza dormilona que arrastraba una cobija. En el patio de polvo y hierbas marchitas estaba a la espera la morroña Cocuiza de Luisa que, con su mirada para no perder detalles, averiguaba los preparativos del pequeño viaje.

2

Del Valle Cantares llevaba siempre en su mochila un libro sagrado. En las clases de primeras letras enseñaba a pensar, a viajar con dibujos, salir al patio, mirar sobre paredes vecinales o ir de excursión a la plaza Bolívar y ocupar los altozanos para hacer preguntas sobre el sentido de los libros, las palabras, los números, la vida de los árboles, el amor generoso que se expresaba al compartir unas galletas.



3

Cuando las niñas y los niños de la escuelita paga de Del Valle Cantares egresaban de esa pequeñísima academia, las directoras, las maestras y los profesores de las escuelas públicas, recibían a esa promoción a, e, i, o, u en sus aulas con honor, porque esos talentos estaban ya cultivados con los números, los colores, las lecturas, la fraternidad y la curiosidad sobre el conocimiento enciclopédico.

—Hoy Germánico Apolinar nos va a explicar cómo se hace un estudio de suelos para diseñar y construir una casa familiar —anunciaba Del Valle Cantares.

—Mi papá es panadero y pastelero y quiere que vayamos mañana a la panadería para enseñarnos —decía en el patio entre alambradas que sostienen ropa mojada.

4

Las gatas aparecían justo cuando el reloj de la basílica marcaba las cuatro horas de la tarde. Era la hora de una merienda abundante, que hasta alcanzaba para los ancianos que deambulaban sin tener en su corazón una brújula y mucho menos una caja musical.

Al pasar los días se dijo que la ancianita estaba acostada y que no tenía las fuerzas de la a mayor, que no tenía alegría para ver el arcoíris y que le hacía falta un abrigo para viajar al maravilloso mundo de las estrellas.



5

Todas las niñas trajeron flores blancas. Todos los niños llevaron sombreros de colores. Allí estaba un silencio. Unos músicos con instrumentos de cuerdas ejecutaron piezas para decir adiós y por siempre a Del Valle Cantares.

Las gatas estaban juntas ante un platillo con trozos de carne y maullaban una y otra vez, mientras miraban hacia la sala donde una vela encendida iluminaba una fotografía de la querida maestra. A la mañana siguiente, los soldados, las cofradías y toda la gente de Santa Inés de la Lejanía llevaban en sus manos flores y serpentinas de colores.

6

¿Había un orden perfecto entre las estrellas, los árboles y los cantores que van adelante? Todo estaba en avenencia, calma y cantos.

La fotografía de la maestra Del Valle Cantares está colgada en la sala donde se aprendió el alfabeto castellano, la buena declamación, los registros de la retórica y la conjugación de los verbos.



Una fiesta dominical donde Dioselina Dulzuras

El más pequeño felino es una obra maestra.

LEONARDO DA VINCI
Pintor

1

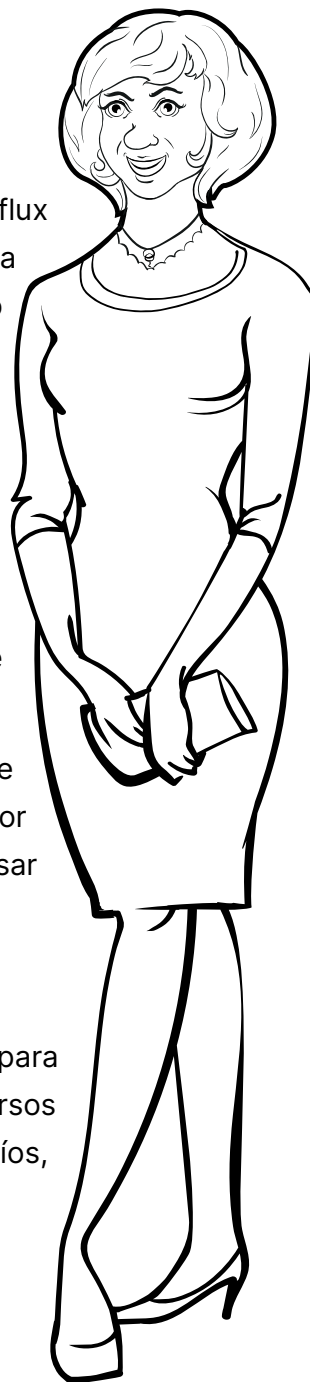
El domingo por la mañana, asistíamos a la misa de siete con flux azul plumizo, corbata de puntos negros y blancos, una camisa gris claro y zapatos negros pulidos con crema y cepillo. Luego salíamos apurados para ir al mercado a comprar masato y pasteles de queso con arroz y pasas.

Después nos íbamos al pequeño negocio de costura de Dioselina Dulzuras —una artista renombrada por sus talentos con las telas, hilos de colores y pliegues—. Ella también tenía el maravilloso poder de conversar con las gatas de Sara Saltapericos, que venían a visitarla domingo a domingo después de la ceremonia religiosa de la eucaristía.

La modista rebozaba bandejas de peltre y repartía trozos de carne de res, desechos de pollo y gallina flaca, empanadas con sabor a hígado de cerdos obesos. Nosotros nos conformábamos con pasar saliva y sacar la lengua para deslizarla por los labios.

2

Colocaba Dioselina Dulzuras juguetes de madera, dificultades para pasar de un lado al otro de la tienda de telas, campanas de diversos sonidos, encendidos de luces de colores, alarmas y sonidos de ríos, oleajes y ventiscas.



—Las gatas están atentas a sus maniobras, nada las confunde porque están en contacto con elementos que les recuerdan sus vidas pasadas —decía, como una especialista en gatas, la modista y zurcidora Pepita Nieto Melani.

Las gatas se entretenían luego de sus exquisitas comidas.

La gata Marcela de las Telas llegaba con telas, adornos de costuras y botones bañados en oro. ¿Dónde encontró esos bienes? Quién lo iba a decir, pero la minina conocía los depósitos de almacenes en Santa Inés de la Lejanía, donde robaba sin miedo, sin prisa y con descaro, porque sus viajes los cumplía de tejado en tejado.

3

Al siguiente día, los rumores decían que habían llegado chorizos que dormían a la gente mediante hipnosis.

La gata Manuela Castilla bailaba en un tablado gitano. Cantaba leyendas de gatos viajeros. Y a las niñas y los niños les regalaba libros para conocer leyendas de pueblos del mundo.

La gata Cocuiza de Luisa se quedaba sentada para escuchar historias y convertirlas a otros sentidos de asombro y alarma en la calle de la venta de pasteles.

La gata Azahara Luceros tenía también la mala costumbre de robar caramelos y tortas de garbanzos en las pastelerías. Allí donde la costurera Dioselina Dulzuras era la reina de la generosidad.

La gata Casimira del Tejado no podía ocultar su malograda conducta de ladrona en el mercado, donde hasta los perros aprendieron a llevarse a escondidas la carne

de los peseros y de las cocinas. Esas carnes eran de celebración dominical y nadie comentaba nada, ni convocaban a la policía.

4

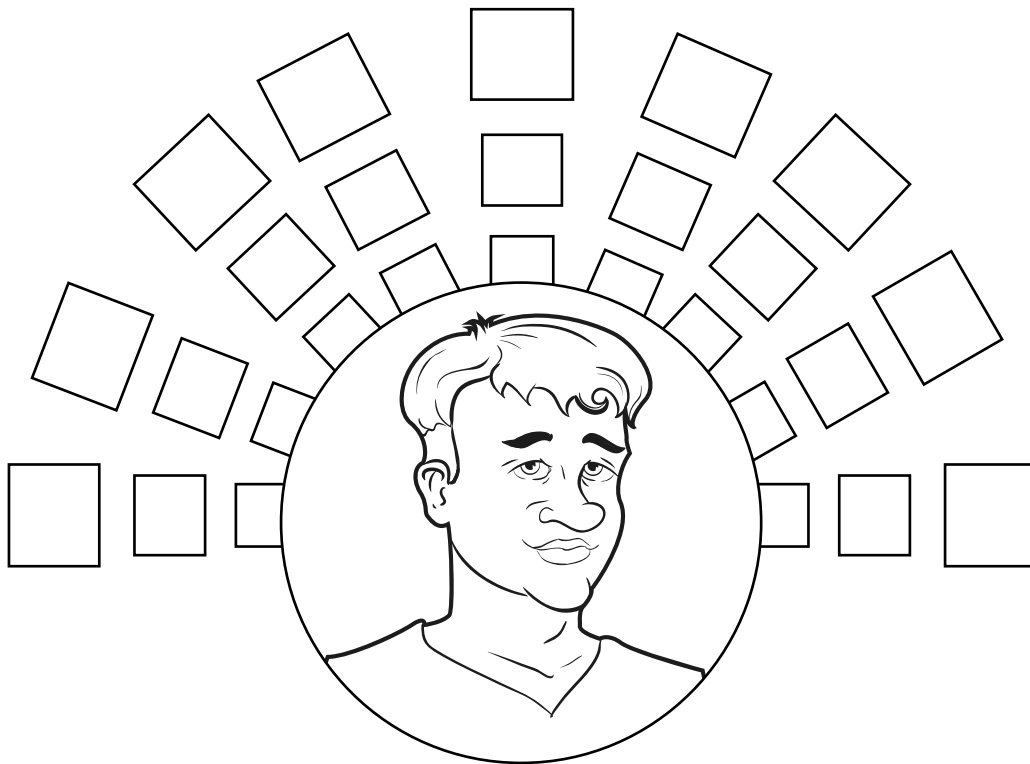
La gata Blanca Isolina se sentía orgullosa de andar despeinada; no arreglaba sus garras, ni limpiaba los colmillos. Ella, es verdad, fabricaba alfombras voladoras, cubrecamas con remiendo y regalaba vestidos a las niñas de la escuela.

¿Qué pasaba en el negocio de fabricación de trajes de gala de la señora Dioselina Dulzuras? Ya lo decimos: pues los gatos se invitaban a la fiesta de los domingos y vestían como magos, directores de orquesta, trapeceistas y saltimbanquis.

5

El primer domingo de agosto, el negocio de Dioselina Dulzuras no abrió y hasta la fecha, va por más de medio siglo. Ella desapareció y no se supo adónde fue a vivir para siempre.

Las gatas en sus diversas vidas siguen de domingo en domingo en una fiesta entre la felicidad de los sueños y el poder mágico de Santa Inés de la Lejanía.



La inolvidable noche de Patricio Veredas

*Si uno mira un gato a los ojos, percibe una historia
que atesora como un secreto en su interior.*

JULIO CORTÁZAR
Escritor

1

Patricio Veredas tenía tres días sin asomarse a la calle; no abría puertas y tampoco hacía ruidos en su pequeña y mendigada casa. Un viejo pintor de casas y un brillante ejecutante del acordeón y el violín que jugaba naipes españoles, preparaba almuerzos para todos los animales que llegaban al solar.

Sara Saltapericos y la vecindad se vinieron en preocupación y de tanto dar toques a la puerta, el dueño de casa terminó asomándose vestido solo con unos calzoncillos amarillentos, un trapo que envolvía la cabeza.

Lo bañaron, lo afeitaron y le quitaron hasta las sábanas para llevarlas a los azulillos esponjosos y lavar esos tejidos. No dijo una palabra Patricio Veredas y pedía que lo dejaran dormir hasta descansar definitivamente.

—Vamos a la mesa que está servida con caldo de huesos, carnes de aves y lengua de toro llanero —dijo Sara Saltapericos.

—Tenía hambre.

—Se sienta en el sol y camina.

—Me recupero con el caldo con papas y arroz.



2

Cuando Patricio Veredas se retiró de la copiosa mesa, llegaron en fila y maullando las distraídas gatas Marcela de las Telas, Manuela Castilla, Cocuiza de Luisa, Azahara Luceros, Casimira del Tejado, Blanca Isolina y Bárbara Santa Fe. Todas miraban a Sara Saltapericos para que las llamara a compartir los sobrados de la mesa. Se distribuyeron las porciones como si se tratara de una gala en el reino fantástico de los felinos en la edad de los dinosaurios.

—Ahora a comer y luego se van para la cocina para que ayuden a lavar los trastos, los manteles y los cubiertos. No quiero maullidos lastimosos. Y si molestan, van a recibir un baño de agua helada del tanque.

En el momento en que las gatas se colocaron debajo de la cama de Patricio Veredas, el cielo, las casas, los árboles, los aposentos, los balcones y los palomares brillaron, se transformaron en un mundo encantado como si las paredes y puertas hubiesen sido revestidas con láminas de oro. La quincalla de Patricio Veredas cobró vida y las muñecas de trapo, los caballitos de madera, las tijeras de barbería, los lápices y los frascos con remedios tuvieron una animación y se escuchó música de una orquesta sinfónica.

3

Llegó la noche y del horno de la cocina de Sara Saltapericos aparecían miles de pastelitos con todos los guisos de carnes, vegetales y cremas de apio, lentejas, garbanzos, aguacates y maní. Comenzaron a llegar niñas y niños de las escuelas, de las aldeas, y vimos el paso de muchedumbres, desfile con rosas, claveles y girasoles.

El cielo se lucía con arcoíris. A la medianoche, vimos que el anciano Patricio Veredas se transformó en un niño de siete años de edad con un terno blanco y calzado de charol. Globos que llevaban a las familias de Santa Inés de la Lejanía a pasear en el cielo nocturno. Platillos voladores de Marte, Júpiter y Venus que dejaban caer juguetes, robots para jugar en las plazas.

4

Al llegar la hora del alba, Patricio Veredas era de nuevo el mismo anciano de siempre y era trasladado en una nave espacial que volaba bajo y podíamos verlo. Desde ese momento subió a los cielos y cuando llueve nos envía caramelos y arcoíris en el patio de la escuela. La quincalla de los jabones, las peinetas para arrastrar piojos, las navajas, los cortaúñas, los polvos contra el mal olor de los pies y su cama transformada en la cabina de un avión de carga se convirtieron en piezas de un museo.

5

Aún en Santa Inés de la Lejanía se recuerda la maravillosa noche de Patricio Veredas. También es cierto que las gatas de Sara Saltapericos, durante todo un año, se negaron a salir de la encantada casa del viejo del acordeón.

En todos esos días, Sara Saltapericos se encargó en secreto de mirar en todo momento los ojos, las orejas y las colas de las gatas, para saber o descubrir algún poder magnético de otras constelaciones o poderes enterrados al pie de la cama. Nada sucedía y por tanto no dio ninguna relación de tesoros escondidos.

6

Lo extraño es que todos los relojes, camiones, teléfonos de cualquier generación y otros artefactos que eran llevados frente a la casa de Patricio Veredas se averiaban para siempre. Alguna fuerza magnética debe estar con sus atracciones. Y para cumplir bien las tareas de limpieza de las brujerías, se acordó llevar camiones de los bomberos para limpiar los baños que jamás limpió el mercader de bisuterías.

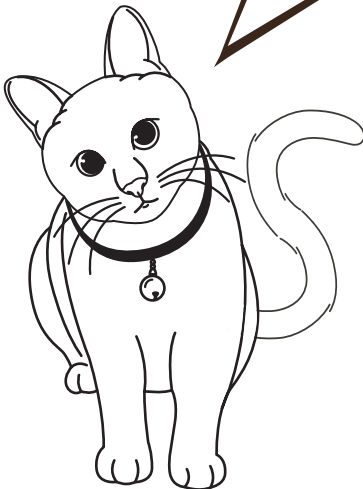
7

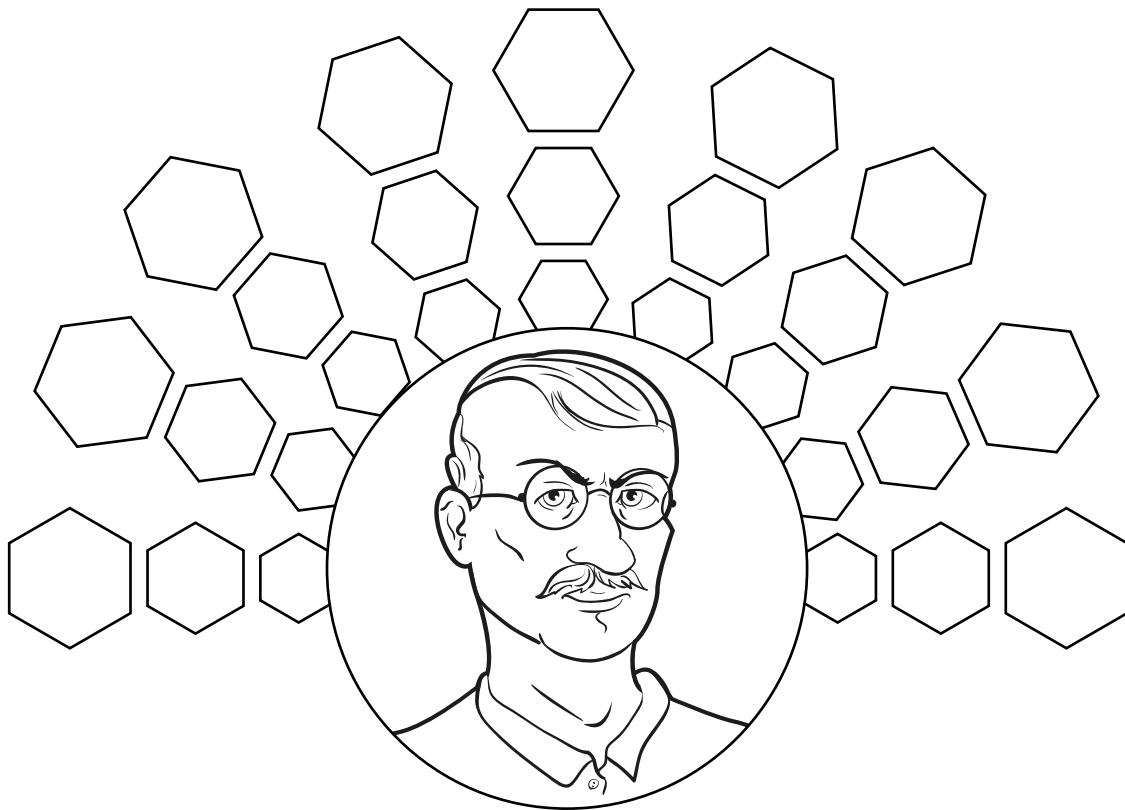
Han vuelto a nacer las rosas blancas y las gatas andan con Sara Saltapericos. «¿Las miradas de las gatas guardan secretos e historias durante siglos?», se preguntó muchas veces Sara Saltapericos.

—Nunca debe faltar un gato en la casa, en la misa, en la ceniza y en la oscuridad —decía a manera de consejo Patricio Veredas.

Los platillos voladores y aquella fiesta para despedir al vendedor de dados, naipes, porcelana, vasos de vidrio y talismanes regresan una vez al año.

Aún en Santa Inés de la Lejanía se recuerda la maravillosa noche de Patricio Veredas. También es cierto que las gatas de Sara Saltapericos, durante todo un año, se negaron a salir de la encantada casa del viejo del acordeón.





Florencio Buenaventura convertía las prótesis dentales en miel

*Antes de componer una pieza, camino multitud
de veces a su alrededor acompañado por mí mismo.*

ÉRIC ALFRED LESLIE SATIE
Compositor y pianista

1

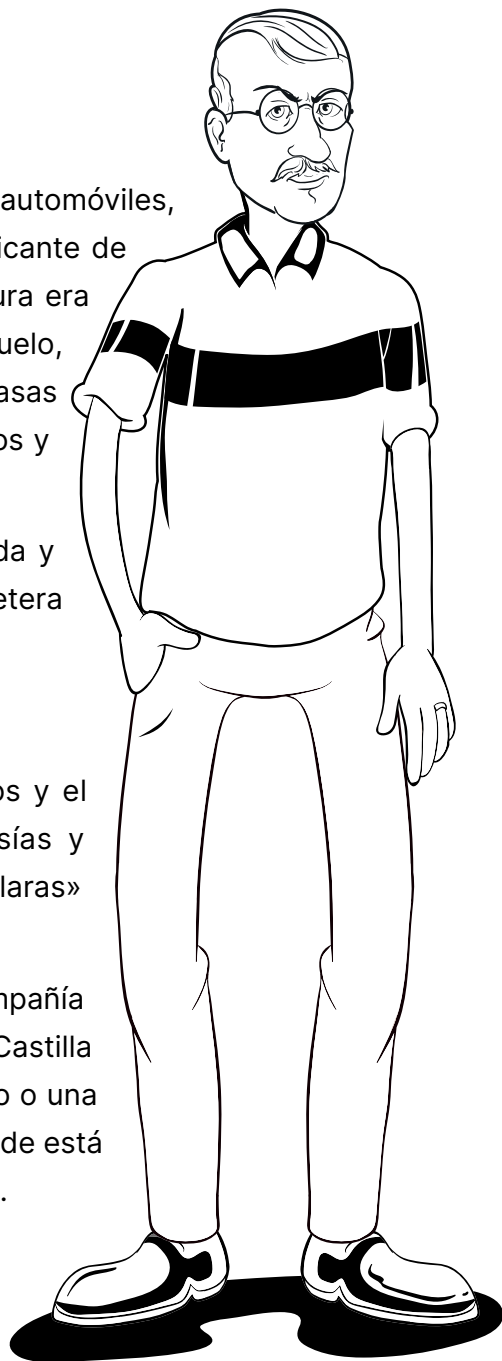
La mirada del carpintero, plomero, mecánico de automóviles, electricista, albañil, profesor del baile de salsa y fabricante de velas de colores y esencias, el mismo Florencio Buenaventura era dominante, irritable y aseguran que hipnotizaba palomas al vuelo, perros dormidos, gatos que fomentaban escándalos en las casas de luces apagadas y también dormía gallinas, burros, caballos y lechuzas encopetadas.

La gente, en verdad, le tenía miedo y temía ser dominada y quedar en somnolencia y que, además, hasta le quitaran la billetera de baja denominación.

2

Quien siempre le extendía manjares era Sara Saltapericos y el mismo Patricio Veredas le entregaba su baratijas, fantasías y bagatelas, por aquello de tener garantizadas «las cuentas claras» y no ir a la ruina.

Florencio Buenaventura entraba a cualquier casa en compañía de algunas de las gatas, como Casimira del Tejado, Manuela Castilla o Bárbara Santa Fe, y pedía prestado un serrucho, un taladro o una guaya para destapar cañerías, y la respuesta era: «No sé dónde está y creo que esas herramientas están dañadas e inservibles...».



3

Todos esos argumentos de baratija y malos sentimientos eran para avergonzarlo y que se fuera y no volviera más nunca. Florencio Buenaventura respondía afirmando que él, con sus poderes mentales, había arreglado los alicantes, los destornilladores y pasaba al cuarto de los chécheres.

—Mire el serrucho que lo puse bonito, arregladito.

—Pero no se lo va a llevar... y se me va.

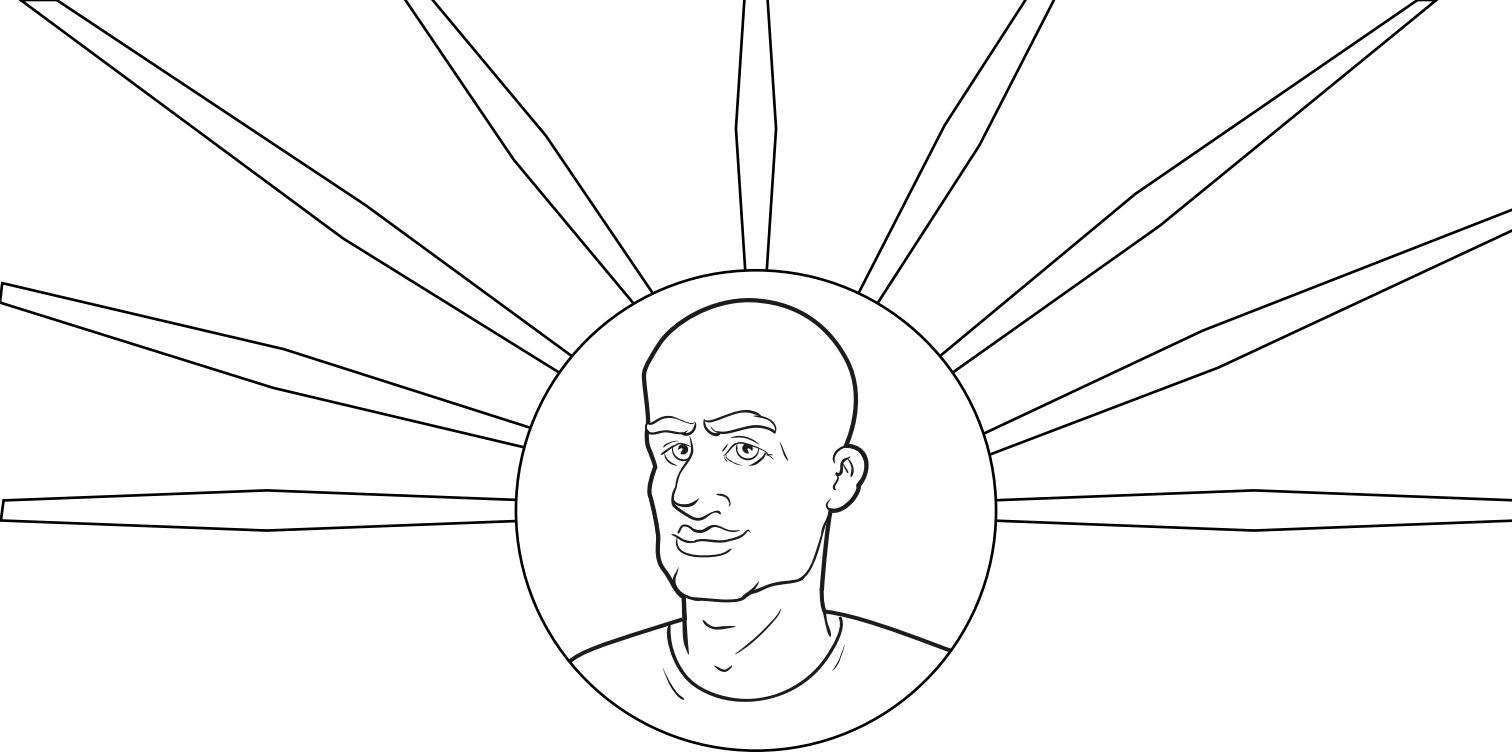
Florencio Buenaventura tenía en su mirada el poder de convertir las prótesis dentales en gelatina con mermelada de guayabas y en miel que se derrama en los panales. Los zapatos los transformaba en murciélagos y las bombillas de las casas en mariposas. Las gatas lo esperaban en el tejado y salían al vuelo, como las garzas y patos reales que buscan otros patios y fuentes de agua verde.

En la suma de todas estas historias y expedientes, nadie sustanció una falta de Florencio Buenaventura, pues eran más bien sus actos de ayudar en el hospital, llevar las pesadas cargas en sus hombros y estar atento para ir a comprar medicinas para los ancianos.

Eso de convertir las prótesis dentales en miel, nadie me lo quiere creer, pero hay que recordarles a los avaros y desconfiados, que vieron cómo sus falsas muelas, ollas, afeitadoras y vasijas para lavar ropa menor se transformaban en gallinas, gatos, ratones de colores y gavilanes en la oscuridad.

Florencio Buenaventura era dominante, irritable y aseguran que hipnotizaba palomas al vuelo, perros dormidos, gatos que fomentaban escándalos en las casas de luces apagadas y también dormía gallinas, burros, caballos y lechuzas encopetadas.





El olvidado escritor Ismael del Trigo

*Y ¿cómo llegué a saber todo esto? No lo sé.
Como ya lo dije, el fantasma no habló,
y nunca abandonamos el sofá.*

ROBERT SWINDELLS
Escritor inglés

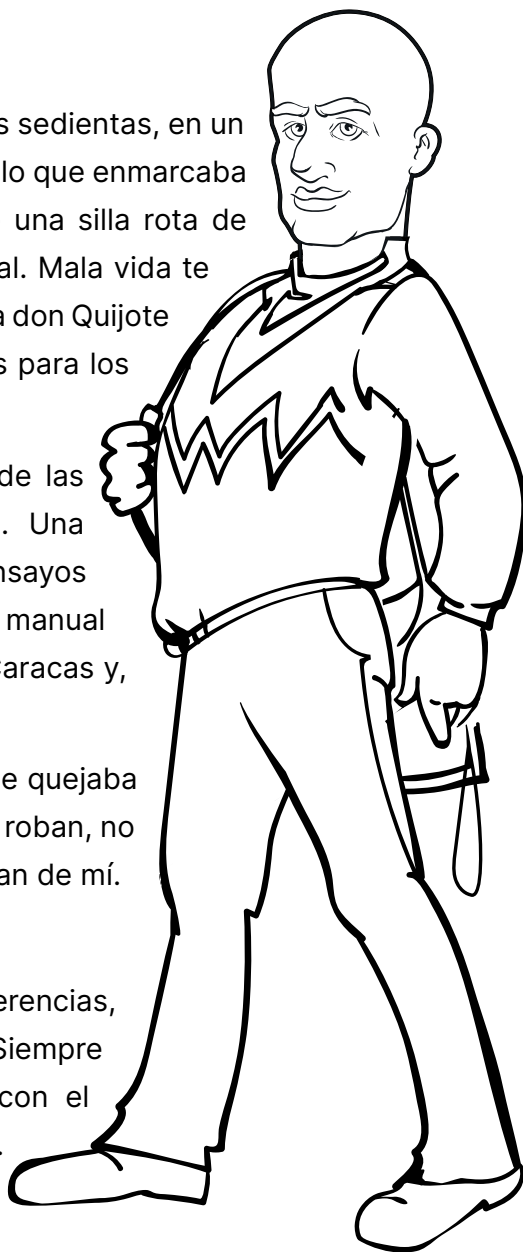
El patio empedrado y lleno de hierba con gallinas sedientas, en un sol que derretía las casas pintadas con cal, era lo que enmarcaba al anciano Ismael del Trigo, quien agonizaba sobre una silla rota de mimbre. No sé si esperaban que diera el suspiro final. Mala vida te dan quienes recibieron fortunas y manos llenas —diría don Quijote de la Mancha en algún pasaje que extiende tinieblas para los desagradecidos.

De joven, Ismael del Trigo era un galán propio de las primeras películas mexicanas en blanco y negro. Una biblioteca de los clásicos de la novela, la poesía, los ensayos y la historia de España en su oficina con una máquina manual de escribir. Todas las tardes, leía los periódicos de Caracas y, al último repique de campanas, entraba a la misa.

—No han venido con el arroz, ni las hortalizas —se quejaba Ismael del Trigo, y agregaba—: Parece que ahora me roban, no traen el dinero de vuelto y lo más, siento que se burlan de mí.

—Yo voy y le traigo de mi casa, no se preocupe.

A su escritorio concurrían doctos en leyes, herencias, penales, cobros y recuperación de riquezas. Siempre pensaba en hacer los documentos y aprobarlos con el sentido de la justicia y dejar los engaños para la calle.



2

Los magistrados lo admiraban. Los leguleyos, discutidores o carentes de buena redacción y basamento de leyes, lo adulaban y él se molestaba.

Le gustaba leer en voz alta y que la vecindad se acercara a conocer pasajes de los antiguos griegos. Conocía las novelas de Rómulo Gallegos y la poesía de José Antonio Pérez Bonalde.

—Tengo sed. ¿Quién me trae agua?

—Aquí tiene agua... Lo siento cansado.

—Llevo todo el día en el patio y no me han dado una cucharada de sopa. Tengo hambre.

La casa de Ismael del Trigo tenía árboles frutales, tapias de hacía tres siglos y, al parecer, ánforas llenas de oro empotradas en las paredes.

3

De la noche a la mañana todo el ambiente cambió, pues allí, en ese patio empedrado y de olvidos no merecidos, brotó una fuente, nacieron árboles y el anciano ciego, imposibilitado de caminar, se transformó en un príncipe de una leyenda antigua persa.

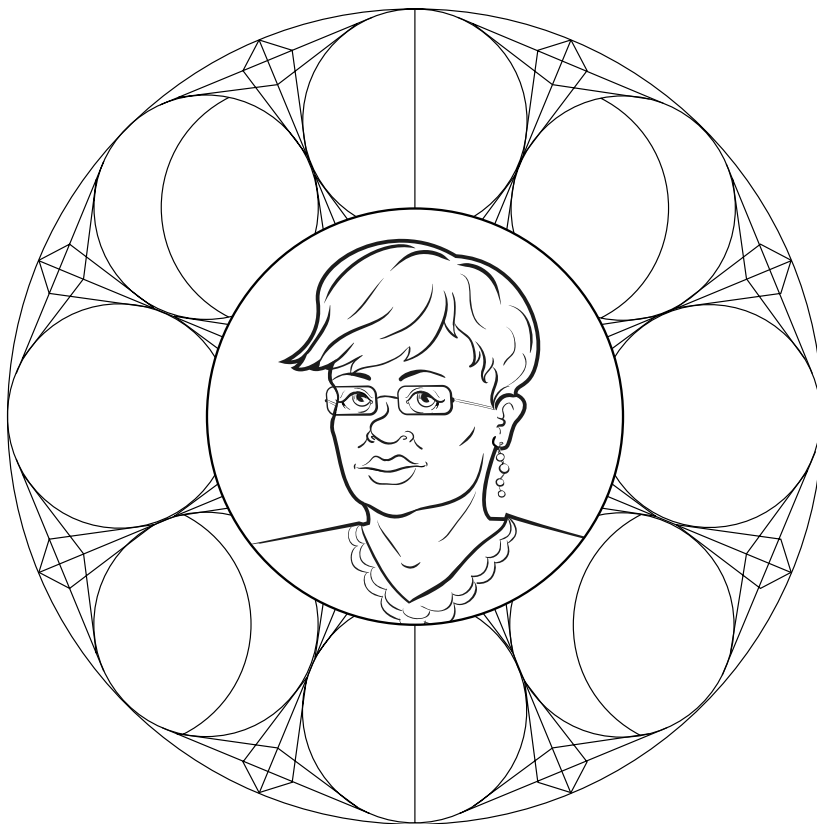
A Santa Inés de la Lejanía entró un desfile de soldados, músicos, artistas, bailarinas, acróbatas, e Ismael del Trigo fue llevado sobre una alfombra mágica. El armario de madera y tela con figura de toro que regresa de los infiernos con la cabeza en llamas, iba por la calle y dejaba una hediondez de carne podrida. Es que el fuego iba limpiando y los elementos negativos, como las envidias, los rencores y la indiferencia, se convertían en cenizas para el olvido de los tiempos.

4

Se cuenta, todavía, que en su casa quedaron sus libros y monedas de oro, que nadie se atreve a venir a buscar por miedo a un disparate del hombre convertido en galán de un cuento fantástico.

5

La noche que se celebraba el rescate de Ismael del Trigo, del cielo bajó entre cestas y globos la mismísima Sara Saltapericos con sus gatas Marcela de las Telas, Cocuiza de Luisa, Azahara Luceros, Blanca Isolina, Manuela Castilla, Bárbara Santa Fe y Casimira del Tejado, que repartían guirnaldas y daban de comer a los ancianos de Santa Inés de la Lejanía. Todos los viernes a la medianoche, las puertas azules con listones verdes de aquella casona se abren y se aprecia una luz, una ceremonia de ángeles que llevan coronas al patio para hacer un monumento al escribiente y borrado Ismael del Trigo.



La misteriosa casa de Dominga Nectaria

*Emito un suspiro. No puedo decir que tenga los mismos
sueños, pero sueño con cosas parecidas todas las noches.*

KAZUMI YUMOTO
Novelista

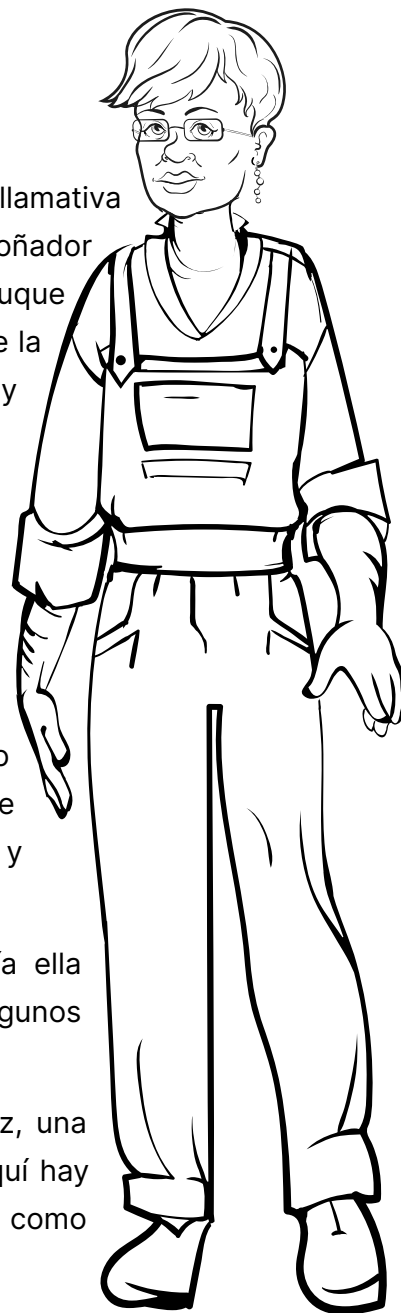
La casa vieja de Dominga Nectaria era hermosa y lucía una llamativa torre chimenea que insinuaba un paisaje romántico y soñador para los enamorados, pues la mirada nos ofrecía con ilusión un buque que navegaba lentamente en las noches claras de Santa Inés de la Lejanía. Una casa antigua que permanece en fotografías blanco y negro que fue derribada.

La dueña de la casona era famosa por ese carácter entre amargos y ajíes, pimientos y chiles verdes al gusto. Todos los ruidos la molestaban. Las preguntas simples, sin sentido y necias, la hacían saltar como una gata asustada que toca el techo y suelta bocanadas de fuego entre las nubes y debajo de las mesas.

Era capaz de llamar a la policía, si algún comensal de su negocio la miraba de reojo o le hacía unas muecas, cuando ella estaba de espaldas camino a la cocina. No olvidemos que las gatas oyen y cuentan hasta lo que no saben.

—Aquí no se comen santos, ni mostramos diablos —decía ella cuando ya se terminaban las raciones de almuerzo o si algunos visitantes tenían cara de no comer con cubiertos de plata.

Aquella voz campanuda, hinchada y enfática no era, tal vez, una ofensa contra nadie, sino el sentido dominante para decir: «Aquí hay una palabra de mando y es la mía». Dominga Nectaria trabajaba como



nadie y, a su edad mayor, no se le contestaba. Todo ese recuerdo se convirtió en sueños repetitivos y de pronto tuve miedo de que algunos espantos estuvieran debajo de mi cama, en la mesa del comedor, en el patio a medianoche cuando llegaban las brujas a repartirse la sal y el orégano que habían robado en otras alacenas.

Desde el Cuartel Militar de Cazadores de la Selva, al centinela y al oficial de guardia les miraron muchas veces sus rostros pálidos y desmayos, porque a las tres de la madrugada veían llegar, a esta casa vieja, personas que en apariencia venían de haber estado en un funeral en el cementerio. Y eso, es de agarrar miedo y arroparse con una cobija rota hasta las orejas.

2

Dominga Nectaria también hizo el sacrificio y roñoso gesto de no gastarse jamás un centavo para comprarse un camisón nuevo, calzado con capelladas llamativas de hilo negro e imitación de oro. No usaba desodorante y al parecer no se cepillaba los dientes, ni con lava recién vomitada por un volcán.

—Para qué voy a comprar relojes, si el campanario anuncia las horas —decía Dominga Nectaria siempre y sin que se lo preguntaran.

—Debemos de tener gestos de caridad —le decían las cocineras ayudantes.

—Mañana voy a la misa y me lavo los pies, nada más —respondía.

Entre enredos y telarañas de vecinos, la verdad es desconocida, pues Dominga Nectaria era de regalar las medicinas a enfermos del viejo hospital San Antonio.

3

No olvidemos que Dominga Nectaria era muy amiga de Sara Saltapericos y en los días de los santos mayores en la Semana Santa y ornamentos de las ermitas a San Isidro Labrador y Corazón de Jesús, ellas se encargaban de sacar mesones a la calle y ofrecer de gracia los mejores almuerzos de nunca olvidar.

Las gatas de Sara Saltapericos, ya lo sabemos, ponían el entretenimiento porque tocaban acordeón, trompetas, marimbas, pianos, címbalos y flautas. También bailaban las gallinas y los perros que se asomaban desde la medianoche.

Entre las vecinas, como Dioselina Dulzuras, Del Valle Cantares y hasta Facundo Ají Cascarrabias, se comentaba o preguntaba cuál era el secreto bien guardado de Dominga Nectaria, quien preparaba los desayunos y almuerzos más succulentos, nutritivos, delicados, gustosos y que provocaban repetir la ración, chuparse los dedos y no levantarse de la silla, para no perder la sensación de estar en el mejor mesón de Santa Inés de la Lejanía.

4

No se exageraba; no hay dudas sobre ese arte de los sabores y que ahora está en libros de cocina. Lo que agrega tanta apetencia entre los manteles, según las gatas de Sara Saltapericos, son los trozos de hígado, las mollejas rellenas de cebolla y las patas de gallina aderezadas con ajos, cebollín y orégano fresco.

—Yo tengo un descubrimiento que no me van a creer —dijo con intriga Ismael del Trigo.

—¿Qué sabes? ¿Qué debemos conocer con detalles? —preguntó con burlas Del Valle Cantares.

—La verdad siempre se dice —agregó Dominga Nectaria.

—No presten oídos a las mentiras, todos tienen envidia, pero nadie trabaja más que Dominga Nectaria —dijo Facundo Ají Cascarrabias.

Ismael del Trigo dijo que durante más de cincuenta años ha venido a comer ante ese espejo, sobre esta silla de madera pulida y comprende que la dueña de casa jamás va al mercado, ni manda a las ayudantes a comprar provisiones. No se gasta la plata, el oro ni el papel moneda en carnes, arroz, apios, remolachas ni zanahorias. ¿Dónde se guardan las ganancias del merendero? ¿Quiénes asean los baños, lavan los tendidos y las sábanas?

5

Se le preguntó a Dominga Nectaria y dio la carcajada que levantó el techo y la tierra tembló. «Yo tengo mi pequeña granja, un conuco, un tanque reserva con abundante agua potable con ballenas y tiburones. Cultivo maíz y arvejas».

—Eres miserable y no le das un grano de maíz al Gallo de la Pasión —sentenció Florencio Buenaventura.

Solo Sara Saltapericos sabía que los almuerzos y cenas para refugiados en el asilo de ancianos y en el hospital eran de sus manos generosas.

En esos días, un albañil y electricista que hizo trabajos en cañerías, nuevas instalaciones y construyó un tanque de agua, descubrió que en el caserón de Dominga Nectaria hay unas escaleras caracol hacia unos sótanos; y allí, quienes trabajan a escondidas y disfrutan buena vida son los difuntos que son llevados al cementerio municipal.

Los muertos han escapado de sus fosas, se han bañado, maquillado y ahora, como los gatos, tienen una vida nueva que les permite tener las mejores habilidades para preparar los almuerzos más exquisitos.

6

La mansión, que tiene la figura de un barco, nunca intrigó a los curiosos; ahora mucha gente quiere bajar a los sótanos para ver si allí están sus familiares.

Comenzaron los rumores en Santa Inés de la Lejanía y se llegó a decir que quienes entraron a escondidas a la cocina de los difuntos no regresaron nunca más. Y se ha pedido, a quienes han leído esta historia, que no le cuenten nada a nadie, para poder dormir tranquilos.

Después de miles de años regresé a Santa Inés de la Lejanía y fui a visitar las tradicionales y envejecidas casas de las gatas de Sara Saltapericos y Dominga Nectaria, pero allí no quedó un sartén, un juego de cuchillos, ni recipientes con especias. Nada tenía el parecido de lo que miré en mi infancia.

7

Al salir me miré en el espejo grande que recoge la estampa de muebles y helechos; allí jugaban dominó, ludo y ajedrez Sara Saltapericos, Dominga Nectaria, Patricio Veredas, Dioselina Dulzuras, Del Valle Cantares, Florencio Buenaventura, Ismael del Trigo y Facundo Ají Cascarrabias.

Una fragancia de flores, el revoloteo de palomas torcazas y el incienso de azahares permanecen en el ambiente. No tuve miedo y hablé con voz alta, pero desde el mundo interior del espejo no hubo una respuesta, ni una mirada.

Quién iba a pensar en Santa Inés de la Lejanía que debajo de la venta de comida de Dominga Nectaria había un ambiente de personajes que habían traspasado la línea que marcan los almanaques y los relojes.

8

Una casa misteriosa de la que no voy a contar a nadie más, pese a que siempre la sueño como cuando era niño y me maravillaba con un barco y una chimenea que nos permitía viajar por los mares del mundo, como si fuéramos detectives en busca de secretos sobre la vida de los fantasmas.

Igual, de niño, andaba enamorado de una niña que se asomaba a la puerta principal y me regalaba una taza llena de manzanas con canela, crema de leche y rebanadas de un pan verde, aliñado con hierbas.

—Gracias —le decía, mientras sentía sus manos heladas que se rozaban con las mías.

—Dale las gracias a los difuntos —me respondía con una sonrisa, y yo creí toda mi vida que era una ironía.

La casa misteriosa está todavía en un espejo donde no he podido volver a entrar más nunca, como cuando era un escolar que me maravillaba con apreciar el zarpar de esa casa vieja convertida en buque en el mar de mis sueños. Allí está mi rostro de niño y con una sonrisa generosa me mira Dominga Nectaria.

Una casa misteriosa de la que no voy a contar a nadie más, pese a que siempre la sueño como cuando era niño y me maravillaba con un barco y una chimenea que nos permitía viajar por los mares del mundo.

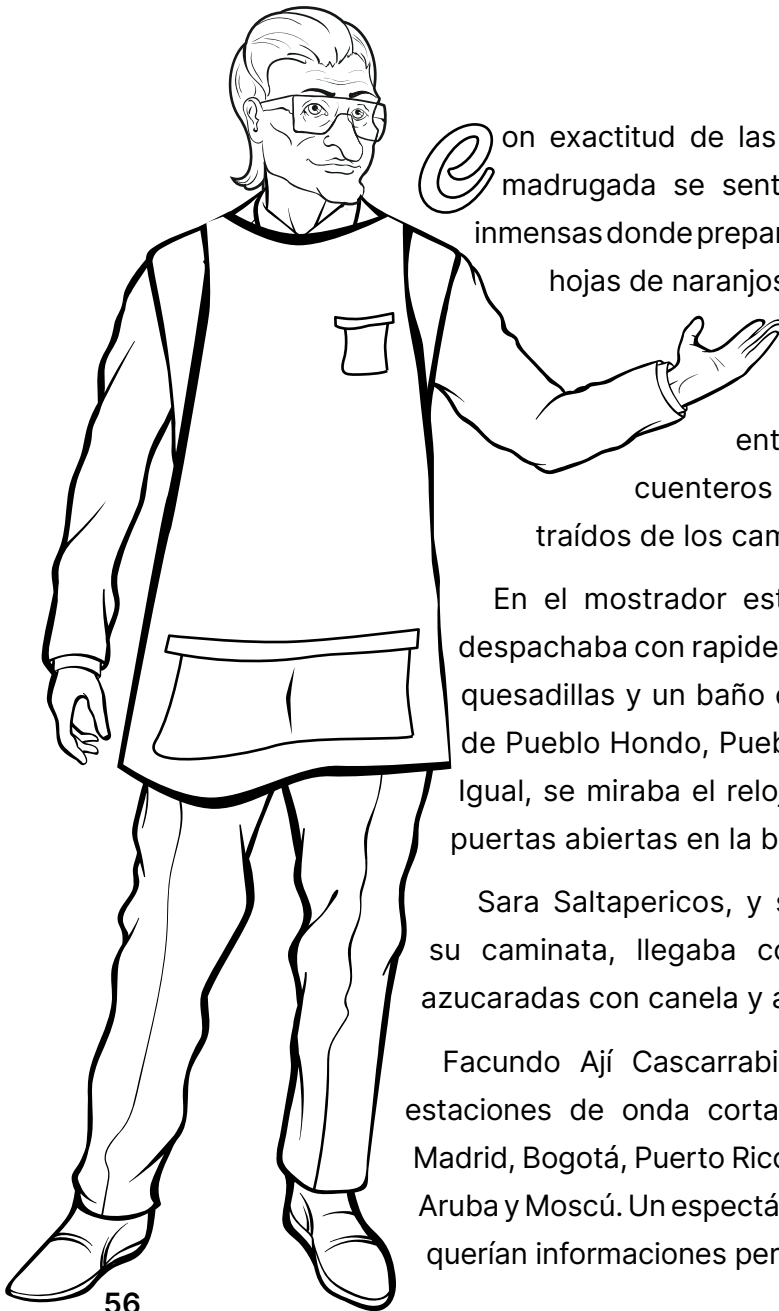




La noche de las cenizas lunares donde Facundo Ají Cascarrabias

*Mientras grabo esta voz en la noche, el gato
rasca cristales que él ya quisiera deslizados.
¿Estaría escrito: sonar ese vidrio con el filo
en que algunos (alcances) (ecos) descansan?*

REYNALDO JIMÉNEZ
Poeta



Con exactitud de las manecillas del reloj, a las cinco de la madrugada se sentía el vapor de agua hervida en ollas inmensas donde preparaban infusiones de manzanilla, lechugas, hojas de naranjos, azahares, cascara de limones y miel.

El frío en las calles de Santa Inés de la Lejanía era de mucho comentar entre comerciantes, obreros, viajeros, cuenteros y vendedores de productos frescos traídos de los campos.

En el mostrador estaba Facundo Ají Cascarrabias, quien despachaba con rapidez pasteles, empanadas, arepas de trigo, quesadillas y un baño de sabrosísima mantequilla recién traía de Pueblo Hondo, Pueblo Encina, Sabana Grande y Venegara. Igual, se miraba el reloj y atendían las campanas en señal de puertas abiertas en la basílica.

Sara Saltapericos, y sus siete gatas atrás para no enredar su caminata, llegaba con una cesta de pastelitos, torrijas azucaradas con canela y arepitas con anís y coco rallado.

Facundo Ají Cascarrabias ya tenía sintonizada la radio con estaciones de onda corta que llegaban desde Londres, Roma, Madrid, Bogotá, Puerto Rico, Buenos Aires, Washington, La Habana, Aruba y Moscú. Un espectáculo radiofónico porque los parroquianos querían informaciones periodísticas del mundo y al instante.

Allí, entre campesinos, transportistas y profesores de escuelas y bachillerato, se habla de agencias de noticias, corresponsales extranjeros, las guerras en Medio Oriente; y entre sábado y domingos, conciertos con repertorio de compositores europeos, porque los de por aquí nunca los mencionan.

2

La gata Marcela de las Telas iba tragándose los sobrados y migajas que caen al suelo.

Cocuiza de Luisa se acomodaba sobre el gran aparato receptor de ondas internacionales.

Azahara Luceros maullaba cuando llegaba una señora muy arreglada y quería llevar cien pasteles para el desayuno de su casa.

Blanca Isolina rasguñaba los pantalones y la sotana del padre Tíbulo Ramírez para que le brindara una empanada de pescado y pimentón.

Manuela Castilla estaba atenta para que nadie se fuera sin cancelar lo tragado con apuros.

Bárbara Santa Fe salía corriendo para estar en el templo cerca del incienso y su calor en noche de Navidad.

Casimira del Tejado se quedaba dormida sobre las acemas o las cestas grasientas de traer pasteles.

Pese a todo el movimiento de clientes, Facundo Ají Cascarrabias soltaba ironías, palabras que hasta podían ofender. «Paguen primero y no pidan el fiado; aquí se cobra lo justo. Los que les guste comer de gorra y sin trabajar, se van de una vez...».

3

Así como de pronto sentimos que el cielo amenaza con caer sobre nuestras cabezas en la hora de una tormenta, en Santa Inés de la Lejanía en un segundo o menos todo se arropó en total y miedosa oscuridad. Y ese ambiente de la bodega donde vendían mazamorra con leche de vaca recién ordeñada, pasteles, bocadillos, infusiones de hierbas y panecillos recién sacados del horno de leña, todo se arropó en cenizas, desapareció y nada se pudo guardar en alguna memoria privilegiada de un cronista o fabulador.

Todas las personas se pusieron a salvo, gracias a los maullidos de las gatas que dieron el aviso de un fenómeno de las fuerzas del cielo y la tierra.

—Recojan los platos de peltre, los lavan y ponen a secar en el sereno del domingo —dijo Sara Saltapericos.

—Lo que sobre de condimentos y carne salada, ¿me lo puedo llevar? —preguntó nerviosa Dominga Nectaria.

4

Facundo Ají Cascarrabias, de acuerdo a versiones que iban de boca en boca, había provocado la ira de espantapájaros que trajeron polvillos de la cara oscura de la Luna y la regaron desde un globo de papel. ¿Para qué tanta acción en contra de su propio negocio de chinchurrias y tripas de vaca rellenas con pasto seco?

Ya se dijo y no se repita más: Facundo Ají Cascarrabias necesitaba llevarse a otro planeta o continente todas las barras y cajones de madera llenos de oro, diamantes

y plata. Las riquezas de él, se dice en voz bajita, eran para abrazarlas donde nadie tuviera envidias, ni malas pulgas en los bolsillos, ni palabras profanas ante el espejo de los rencores.

5

Entre las dudas, asuntos de no creer, o de afirmar con caprichosos comentarios en Santa Inés de la Lejanía, todos estos personajes que vivían dentro de espejos y casas misteriosas, comentaban de noche y días sin parar un instante.

—Aquí nunca existió una noche de las cenizas —dijo Patricio Veredas.

—Es mejor callarse, porque esas ruinas, aguafiestas, escorias y restos lunares fueron recogidas de inmediato porque se convertían en monedas de oro —aseguró en tono revelador Dioselina Dulzuras, quien tenía en sus manos una tijera gigante bañada de oro.

—Tanta riqueza con la venta de empanadas y nunca tuvo un pan para los pobres que venían a buscar un bocado —reclamó la maestra Del Valle Cantares.

—No hablen tanto, que las cenizas son la mayor suerte para la tierra que se cultiva y quien pueda guardarla en mochilas que lo haga y mañana tendrá riquezas para toda la vida —afirmó en secretos Florencio Buenaventura.

—Todos sueños y se han quedado en la venta de comida, a la espera de que la suerte caiga de las nubes. Es mejor olvidar esas pesadillas y mañana venir a la retreta dominical con el maestro Juan Moreno y Rubén Duque —sugirió con regaños el escribiente y gramático Ismael del Trigo.

6

La noche fue larga y Facundo Ají Cascarrabias ya no es recordado en las páginas de Santa Inés de la Lejanía. En esos espacios ahora están unas gavillas de trigo y cestas con quesadillas, panes lengua de vaca y tortas para obsequiar a las suegras que lucen vestidos azules y verdes.

Las cenizas convertidas en metales y piedras de valorar están entre barriles, botellones y cajones de madera. Se sabe que los ambiciosos que han intentado robar o llevarse un valor allí depositado reciben un fogonazo en la espalda, como una maldición de almas en pena y se quedan tiesos como una semana.

7

La noche de las cenizas la contará el mismo Facundo Ají Cascarrabias, quien tenía el aspecto de un anciano cascarrabias, pero en verdad era un gato angora fugado de una mansión de millonarios y avaros. Ese gato aún tenía el beneficio de una quinta vida.

Por tanto, le quedan dos almanaques, para que diga la verdad ante un exquisito almuerzo con patas de gallina en los tapetes y servilletas sevillanas de Sara Saltapericos y el cortejo gracioso de las siete gatas que roncan mientras los ratones se apoderan del picadillo de tocino, vísceras y orejas de cerdos y sombras asustadas.

—¿Quién tiene las riquezas perdidas en la noche de las cenizas lunares? —se preguntaba con intrigas.

—Les aseguro que debajo de la cama de dormir de la mismísima Sara Saltapericos, dentro de una bacinilla de peltre adornada con claveles y uvas, están unas lágrimas y píldoras de oro y nada más.

El resto es cuento de camino
y no hablemos más de esas leyendas.







Hugo Colmenares

(La Grita, Táchira, 1952)

Estudió la primaria en el Instituto Parroquial Corazón de Jesús y el bachillerato en el entonces Liceo Félix Román Duque, de la misma población. Estudió en la Escuela de Comunicación Social de la Universidad Central de Venezuela, donde egresó como periodista en la mención impreso. Cofundador del semanario *Impacto*.

Ejerció el periodismo en el Suplemento Cultural de *Últimas Noticias*; en las páginas de arte del diario *El Nacional* y como jefe de información del *Diario de Caracas* (2^{da} etapa). Ha logrado premios literarios nacionales y una mención internacional.

Sus obras literarias están dirigida a las primeras edades, como son: *La gata Goda*, *El tigre Zafiro Andaluz*, *Monigote Pamplinas y los dioses engatusados*, *La afinación de Gato Viejo*, *El bombardino hechizado de Emiliano Cebollas*, *Siete largas noches en tren*, *Los vestidos mágicos de Almendra Brillas*, *El viejo almacén del maestro Rahoz* y *Los miedos de tía Altagracia*.

Mención de honor en el Premio Internacional de Literatura Infantil Enka, Colombia, con la novela *Cayena, la vaca que estornudaba*. Ha recibido el Premio Nacional de Literatura Infantil 2019, con *Siete Largas noches en tren*; y en 2024 por la novela *Los vestidos mágicos de Almendra Brillas*, que concede el CENALI.

Colmenares fue director de la revista escolar venezolana *Tricolor* del Ministerio del Poder Popular para la Educación, MPPE y en la actualidad, está integrado al equipo editorial de dicha publicación.

El lema de Hugo Colmenares es: «desarrollar la curiosidad en el conocimiento y la creación en la palabra de los pueblos».

Contenido

Sinopsis. La magia de vivir dentro de espejos	7
Una casa de jamás olvidar.....	9
Las siete gatas y sus suertes.....	15
Sara Saltapericos y sus amistades.....	21
Del Valle Cantares y la escuelita.....	25
Una fiesta dominical donde Dioselina Dulzuras	29
La inolvidable noche de Patricio Veredas	33
Florencio Buenaventura convertía las prótesis dentales en miel	39
El olvidado escribiente Ismael del Trigo.....	43
La misteriosa casa de Dominga Nectaria.....	47
La noche de las cenizas lunares donde Facundo Ají Cascarrabias.....	55